

Uno se lo imagina con el rostro de Omero Antonutti, por la película de Carlos Saura, o con el de Klaus Kinski, el protagonista de la cinta de Werner Herzog. No en vano, Lope de Aguirre ha despertado la imaginación de muchas generaciones. Durante cinco meses dirigió una alucinante rebelión contra Felipe II en plena selva amazónica, un episodio que bien puede compararse con *El Corazón de las tinieblas*, de Conrad, por lo que tiene de descenso a los infiernos. Hasta que, vencido, asesinó a su propia hija y se suicidó. De tan sangrienta manera concluyó una epopeya en la que, a medida que avanzan los acontecimientos, la atmósfera se vuelve más irrespirable, los personajes se sumergen en la paranoia y la eliminación del compañero se transforma en un deporte. Tanto que uno se siente tentado a exclamar, como el personaje de Conrad: “¡El horror! ¡El horror!”

Para unos, Aguirre estaba loco. Otros vieron en él al precursor de las independencias latinoamericanas. La reciente publicación de dos volúmenes con fuentes de la época nos aproxima no sólo al hombre turbulento; también al tremendo impacto que ejerció entre sus contemporáneos, para quienes fue poco menos que el diablo personificado. Por otra parte, nos acercamos a los sueños de unos hombres que aspiraban a las míticas riquezas de El Dorado, razón por la que no dudaron en arriesgar sus vidas en territorios desconocidos donde más de uno murió de hambre.

A Diego de Aguilar (1546-1631) debemos *El Marañón*, una de las crónicas más completas sobre el tema. Su título hace referencia al nombre que recibía en la época el río Amazonas y que bautizaría a los hombres de Aguirre, los míticos “marañones”. Esta es la segunda edición completa de la obra, aquí enriquecida con un formidable aparato crítico que ayuda al lector profano a identificar personajes y, sobre todo, a no perderse con el léxico de la época.

Aguilar se basó en numerosos testigos, así como en la relación de Francisco Vázquez. Esta última aparece publicada en *Lope de Aguirre y la rebelión de los marañones* (Castalia), donde se agrupan los testimonios de diversos protagonistas de los hechos, todos veteranos de las guerras civiles que siguieron la conquista del Perú. Como cualquier documento, el de Vázquez debe ser leído con cautela. Su autor, uno de los implicados en la revuelta, lo escribió para exculparse y no se entrega a florituras literarias. Simple soldado, lo suyo es hablar claro. Aguirre, en cambio, es un letrado que reelabora las fuentes a partir de una cultura mucho más amplia. Sólo hay que fijarse en sus referencias a la Antigüedad clásica. Recuerda, por ejemplo, que Cicerón ya advirtió que la historia no debe mentir y ha de sacar a la luz toda la verdad.

Tomemos la versión que tomemos, el protagonista indiscutible de la función, Aguirre, aparece como un desequilibrado al que le encanta la crueldad gratuita. Sólo hay que ver su comentario tras ordenar la ejecución de uno de sus hombres: “¿Allá estáis, amigo Alarcón? ¿Cómo no viene el rey de Castilla a resucitaros?”. No obstante, la maldad puede ir unida, como sucede en este caso, a una extraña lucidez. Creía, y los hechos le dieron la razón, que no debía confiar en el perdón de Felipe II, al que se dirigió con una extraordinaria dureza en una carta justamente célebre. Sin nada que perder, por tanto, se jugó el todo por el todo e intentó apoderarse del Perú. Seguía así uno de sus principios, reflejo de su descarnada visión del mundo: “el que no es más que otro no vale nada”. □

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

“ Tirano tan cruel y malo como este jamás el mundo lo vio, ni que con tan poco poder cometiese tan extraños desatinos, porque los de hasta aquí respecto de los que veremos son nada (p. 352) ”

EL CIERVO Julio - Agosto 2011